

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 37.—BARCELONA 4 DE MARZO DE 1915



Estación heliográfica del ejército austro-húngaro en los Cárpatos



CRÓNICA INTERNACIONAL

I. El arte de guardar las apariencias.—II. El Congreso socialista de Londres, y su significación

I.—El arte de guardar las apariencias

El arte de guardar las apariencias es desconocido en Alemania; está tan convencido aquel pueblo de que sus gobernantes no le ocultan nunca la verdad y su único objetivo es el bienestar general, que no conciben que tengan que emplearse eufemismos al dirigirse ellos a los demás países de la tierra. Y de esos eufemismos depende el enagenarse o conquistarse las simpatías extranjeras y obtener o ver negado el apoyo moral de los extraños.

Al declarar los ingleses zona de guerra el mar del N., no dijeron a los neutrales que se proponían atacar a los barcos alemanes que se aventuraran en aquel mar, porque era evidente este propósito, ni les amenazaron con echar a pique sus barcos, sino que advirtieron que, habiendo sido minadas las principales rutas marítimas, debían los barcos neutrales seguir determinados derroteros; como estos derroteros están en aguas inglesas, y muy vigilados y guardados, esta recomendación equivalía a añadir que todo barco que transportara géneros destinados al enemigo, sería apresado o confiscado. Tampoco dijeron los ingleses que querían hacer perecer de hambre a todo el pueblo alemán; su aspiración era más modesta:

impedir que llegaran comestibles de todas clases a Alemania: el perecer o vivir era cosa de los alemanes y no de la incumbencia de los británicos. Con estos procedimientos, y el derecho novísimo y sorprendente de detener y aun llevar a puertos británicos a barcos neutrales, procedentes de puertos neutrales y destinados a otros también neutrales, por la menor sospecha de que llevaran a su bordo algo destinado a Alemania, quedó cerrada a ésta toda esperanza de recibir por mar las substancias alimenticias que necesita para cubrir el déficit de su producción. Se había asestado la estocada, pero las buenas formas no padecían.

Si los alemanes se hubiesen dado cuenta de la mentalidad de los países que no son germanos, no hubieran declarado el bloqueo marítimo de Inglaterra en la forma que lo han hecho. Al ataque inglés respondieran en la misma forma y con la misma hipocresía: las necesidades militares — pudieron haber dicho — nos obligan a declarar zona de guerra todo el mar de Irlanda y el canal, de la misma manera que los ingleses declararon el mar del Norte; en consecuencia, procederemos a fondear minas y torpedos y trataremos de atacar o apresar, echándolos a pique si presentan resistencia, los barcos que arbolean el

pabellón británico; para que los neutrales se vean libres de los peligros que para ellos va a crear este estado de cosas, les invitamos a que todos los barcos que quieran dirigirse al litoral británico toquen antes en la costa belga, o en la del mar del Norte, donde se les indicará el rumbo que deben seguir; no atacaremos en ningún caso los barcos neutrales, pero si algún barco británico se escuda bajo el pabellón de una potencia neutral, no por eso le respetaremos, y como nos consta que Inglaterra ha dado órdenes en este sentido a los armadores británicos, invitamos a los capitanes de los barcos neutrales que naveguen en la zona de guerra que den a conocer su nacionalidad sin pérdida de tiempo en cuanto se ponga a su vista cualquiera de nuestras unidades, única manera de prevenir una posible confusión. Previniéndoles además que es imposible responder de que los torpedos fondeados no les causarán daño.

¿Quién hubiera podido objetar nada a una notificación hecha en esta o parecida forma? La marina mercante de los Estados neutrales hubiera sabido que se exponía a los mismos riesgos que ahora se le han anunciado, se consiguiera el efecto apetecido, pero las reclamaciones y quejas de todas las potencias no se produjeran de antemano, como ahora, sino después de cada caso de atropello, es decir, cuando ya fuera inútil la reclamación.

En lugar de conducirse de esta manera, los alemanes han hablado sin rodeos y con una rudeza, que a los castos oídos de los países que saben guardar las buenas formas suena a cosa insolente e inaudita. Pero su torpeza ha ido aún más allá. No han sabido plantear el problema en sus verdaderos términos, respondiendo a un sofisma con otro sofisma.

Inglaterra no permite la entrada de subsistencias en territorio alemán, y para ello no se vale del derecho de bloqueo, que al ejercitarlo comprometería sus fuerzas navales y las exponería a nuestros ataques, sino que se ha reservado la facultad de detener y confiscar cuantos barcos, sea cual sea su nacionalidad, navegan por los mares del mundo llevando a su bordo artículos alimenticios que posiblemente pueden ser destinados a Alemania. Nosotros obraremos exactamente de la misma manera contra Inglaterra: no enviaremos nuestras unidades navales a sus costas, como tampoco ella manda las suyas a las nuestras, pero destacaremos barcos ligeros, submarinos, destroyers, a los mares que estimemos conveniente, y con preferencia a los que rodean las islas británicas, para obrar contra la navegación inglesa; mas como estos barcos, y en particular los submarinos, no se prestan al salvamento de dotaciones, podremos vernos en la triste necesidad de echarlos a pique en lugar de confiscarlos o apresarlos. No queremos que Inglaterra perezca de inanición, sino únicamente que no reciba provisiones destinadas a sus ejércitos, con la diferencia a nuestro favor, de que así como ella se ha opuesto al abastecimiento del pueblo belga, nosotros lo autorizamos libremente y admitiremos, sin exigir pago de derechos, a todos los barcos que conduzcan géneros con dicha finalidad.

Puede pasar que los alemanes se expresen con entera franqueza al dirigirse indirectamente a sus actuales enemigos; pero no deben olvidar que hay muchas naciones neutrales que todavía dan más valor a las palabras que a los hechos. Nadie se ha con-

movido porque Inglaterra quisiera condenar al hambre a toda la población de Alemania, porque Inglaterra lo hace sin decirlo; en cambio todos se indignan contra Alemania, porque ésta ha cometido la candidez de proclamar que sitiaria por hambre a la Gran Bretaña, aunque no llegue a ejecutarlo, porque le falten las fuerzas necesarias.

Y en cuanto a los derechos de los neutrales, ¿era tan difícil imitar a Inglaterra? Esta los reconocí casi todos, pero hace lo que se le antoja; cada atropello es objeto de una negociación particular, y nada más; en la esfera de los principios, se mantienen las apariencias. ¿No podía hacer lo mismo Alemania? ¿A qué decir que tal vez los barcos neutrales serían torpedeados? ¿Somos tan torpes los neutrales que no comprendiéramos los peligros, sin necesidad de castrarlos?

II.—El Congreso socialista de Londres, y su significación

Asistieron los franceses a este Congreso con la esperanza de que se llegaría a quebrantar el apoyo que los socialistas alemanes prestan a su Gobierno, y se han encontrado con el desencanto de que sus colegas ingleses ni siquiera les apoyan en sus reivindicaciones sobre la Alsacia y la Lorena, ni declaran que obran bien los Gobiernos de los aliados. El Congreso ha terminado tirándose los trastos a la cabeza o poco menos, y el Gobierno francés ha tenido que formular algunas declaraciones para desvanecer el mal efecto que en Francia ha producido la conducta de los socialistas ingleses.

Este hecho es nuevo síntoma de que en Inglaterra existen vivas corrientes en favor de la paz. Nadie se forja ya ilusiones. Alemania no será derrotada. Podrá Inglaterra no salir vencedora de esta contienda, pero desde luego se reputa imposible que llegue a aplastar a su rival. ¿A qué, entonces, prolongar más la lucha, si no hay ganancias en perspectiva y sí muchas pérdidas?

El Gobierno británico está convencido de lo mismo, pero aprecia la situación con más serenidad. Celebra en lo íntimo de su corazón los desastres de Rusia—basta leer desapasionadamente la prensa inglesa para convencerse—, porque el coloso moscovita queda descartado e imposibilitado, para muchos años, de intervenir en Asia y amenazar con apoderarse de los Dardanelos; al derrotar los alemanes a Rusia han dado una victoria espléndida a los ingleses. Pero no basta: es menester que los franceses se desangren un poco más, y, sobre todo, es indispensable que la escuadra francesa quede destruída en parte; ¿serán tan amables los alemanes que realicen ambos objetivos? Después, opinan los britanos, nos entenderemos con Alemania; si es menester les ofreceremos la posesión de Bélgica, pero nos desquitaremos a expensas de otro pueblo, sea enemigo o amigo; la tierra es lo bastante grande para que quepan en ella dos grandes imperios, sin contar que nuestros rivales son tan torpes que antes de muchos años es probable que les podamos echar la zancadilla.

Si hace quince días la cuestión de Bélgica parecía ser un obstáculo insuperable para la obtención de la paz, ya no sucede lo mismo en los presentes momentos. El obstáculo para los ingleses es Francia,

que desean ver más atropellada aún de lo que está. Bien reciente es la campaña de insinuaciones embozadas de los periódicos ingleses para que los alemanes realicen un supremo esfuerzo en Francia, apartando su atención de Inglaterra. Tienen razón los ingleses: si los alemanes llevan a cabo una campaña decisiva contra los franceses es probable que obtengan la victoria, pero quedarán tan destrozados, que, por grande que sea su odio contra Inglaterra, se sobrepondrá el deseo de la paz.

Alemania tiene la palabra. La lógica dice que si triunfa en su empeño de bloquear las islas británicas, no cejará en sus propósitos de derrotar decisivamente a la pudibunda Albión; si fracasa, ¡pobres franceses! pero, al mismo tiempo, ¡cuán cerca estaremos de la paz!

F. LARÍN.

LOS COMBATES EN LA SELVA DE LA ARGONNE

(Publicado por el Gran Estado Mayor alemán)

Esta selva no desempeñó ningún papel en la guerra de 1870. Fué atravesada por las tropas alemanas en su marcha sobre Sedán, sin ningún encuentro con el enemigo. Tampoco los hubo en los primeros días de septiembre de 1914, cuando el príncipe real de Prusia avanzaba hacia el Marne por entre la selva y Verdun. No ocurrió sin embargo lo mismo al principiar la guerra de posiciones, cuando los ejércitos alemanes del Oeste fueron desplegando una línea, desde Reims hacia Consenvoy sobre el Mosa. No se esperaba allá ningún combate de bosques; las tropas alemanas tomaron posiciones en Binarville, en el costado occidental, y en Chatel, en el oriental, próximas a los linderos, mientras se ocupaban las colinas con destacamentos. Pero cuando los franceses acumularon en la selva fuerzas considerables con el intento de envolver una de las alas alemanas apoyadas en aquella, empezó a descubrirse la importancia militar de la Argonne.

Esta zona de bosques, con una profundidad de 40 km., se extiende de norte a sur, siendo su anchura de 8 a 12 km. El valle del Biesme la divide en dos mitades, septentrional y meridional, y además el ferrocarril y la carretera Clermont en Argonne-Saint Menehould la fracciona en dos partes. La del sur mayor que la del norte. Esta última es la importante para los combates, y con ella las dos carreteras Clermont-Fléville y Clermont-Le Four de Paris-Vienne le Château, de las cuales la primera va por el exterior de la selva y la otra conduce al valle del Biesme. Las mejores comunicaciones transversales de la parte NO. son los caminos Montblainville-Servon y Varennes-Le Four de Paris. La unión entre los sectores norte y sur sólo puede efectuarse por la antigua vía romana que sigue la cresta de los montes. Existen además una infinidad de caminos para la explotación de maderas, de importancia muy secundaria, porque en tiempo de lluvia con la constitución arcillosa del suelo se transforman en pantanos.

La zona que se considera es montuosa, hacia el este cae bruscamente sobre el Aisne, y en el interior presenta valles y barrancos muy encauzados, cuyos escarpes son de roca en todas partes. La Argonne es

una selva genuinamente francesa en la cual se apiñan tupidamente las hayas, los álamos y robles, siendo éstos árboles cortados cada quince años. Sólo se dejan crecer y desarrollar algunas hayas y robles, cuyos troncos cubre la hiedra y una gran variedad de plantas trepadoras, creciendo además en el suelo con mucha lozanía el acebo y matorral. La selva está poco habitada; sólo los carboneros, leñadores y cazadores encuentran en ella ocupación. El interior no está habitado, a causa de su espesura impenetrable. Los nombres «Ruisseau der Meurissons», «La fille morte», «Moulin de l'homme mort» son bastante expresivos.

Este aspecto tiene la selva en la que desde hace cuatro meses resuena día y noche el estrépito de las armas, experimentando además una completa transformación, por el movimiento de tierras de los soldados y el estrago de los proyectiles.

Cuando a últimos de septiembre penetraron en la Argonne las primeras tropas alemanas procedentes del valle del Aire, los franceses, expulsados del lindero oriental, se fortificaron en la parte del bosque al S. de Binarville destacándose fuerzas considerables desde el valle del Biesme a la Barricade Pavillon, St. Hubert Pavillon y Bagatelle Pavillon. Estas fuerzas se atrincheraron bien en aquellas chozas, y ante tales barreras encontraron los destacamentos de cazadores alemanes una seria resistencia, obligándoles a pedir refuerzos para desalojar al enemigo. Pero habiendo éste hecho acudir otras tropas se desarrollaron en el bosque combates muy empeñados, que propendieron cada vez más al carácter de la guerra de posiciones. En el centro de la selva, detrás de unas trincheras, se abrieron otras unidas por ramales de comunicación, se construyeron abrigos blindados y cuando se taló el ramaje se trajeron cañones. Comenzó entonces la lucha de trinchera contra trinchera y paso a paso. Para evitar bajas, se apeló a la zapa, combinándose con ésta todos los recursos de la guerra de sitios, tales como lanzaminas, granadas de mano, cañones-revólver, manteletes, sacos terrosos, etc.; y la actividad del zapador sobresalió por encima de los demás trabajos. Estas tropas especiales, esta arma, aplicó el ataque por la mina, cuando fracasaron los otros medios. Y de todo esto se derivó un progreso lento del ataque y una desusada pérdida de tiempo, porque sólo los preparativos minuciosos y bien calculados podían conducir al éxito. Al principio no se hizo uso de la artillería en los bosques; más tarde penetró en ellos por los caminos y sendas, y por último se aprendió su empleo en todas partes. Los franceses presentaron una particularidad: las llamadas *baterías de asnos* (cañones de montaña); un sistema de arrastre que nuestros soldados no conocían. La población civil prestó mucha ayuda a los franceses; soldados disfrazados con el uniforme alemán se aproximaban a nuestras tropas para espiarlas. El soldado alemán en los combates de la Argonne dió pronto pruebas de una intensa y variada actividad, acomodándose fácilmente a las nuevas circunstancias. Aplicando nosotros medios de ataque más perfeccionados que los franceses y acreditando nuestros soldados una tenacidad y audacia insuperables, fué desarrollándose en estos combates de bosques un sentimiento de superioridad sobre el enemigo, que lo redujo a la defensiva, salvo en algunos contraataques



Descanso de una columna de municiones austriaca, en Galicia, durante una nevada.

sólidos de los franceses, tuvo que ser evacuado por el enemigo el 12 de octubre. La conquista de los tres mencionados Pavillons fué un gran éxito moral y material. No nos contentamos con su posesión, sino que continuamos la ofensiva, pero tuvimos que emplear también el avance paso a paso. Para evitar la pérdida inútil de vidas humanas, la infantería se atrincheró y zapó en todas partes, ayudada por los zapadores que mezclados con los infantes tomaron parte en todos los combates y asaltos. También los artilleros se establecieron en las trincheras, derivándose así un estrecho compañerismo de armas, como no se había producido nunca en tiempo de paz.

De esta manera, se conquista una trinchera tras otra, y la amplitud del terreno ganado oscila en algunas ocasiones entre 25 y 1.000 metros. Sucede también que cuando los progresos son mayores logra el enemigo, en algunos puntos, determinados éxitos o detiene nuestro avance por medio de contraataques, pero no consigue nunca impedir en definitiva que las tropas alemanas penetren en la selva de la Argonne de un modo lento e incesante.

De cuán enojosos son estos ataques, da una idea la descripción de uno, efectuado por una compañía de zapadores contra una altura dominante en aquellos bosques. Se trataba de tomar una posición ene-



Ataque de infantería alemana



miga desde la cual se amenazaban las comunicaciones a retaguardia de un sector alemán. El 7 de diciembre se abrieron tres zapas en aquella dirección; el día 18 la zapa de la izquierda había llegado a unos 8 metros de la zapa enemiga, cuando a consecuencia de una mina francesa fué volada la cabeza de nuestra zapa en una longitud de 10 metros. Las otras dos zapas habían sido impulsadas hasta 20 metros de las trincheras enemigas. El 19 de diciembre estaba ya desescombrada la zapa de la izquierda y las otras dos distaban del enemigo unos 6 u 8 metros. Desde las cabezas de zapa se abrieron galerías de tres metros de longitud para colocar en ellas cargas explosivas, quedando dispuestas el día 20. A las ocho de la mañana se dió fuego a las minas, e inmediatamente las tropas de asalto dispuestas en las zapas y en las trincheras se arrojaron sobre el enemigo, marchando delante los zapadores provistos de granadas de mano, tijeras de alambrada y hachas. El enemigo, aturdido con las explosiones, abandonó sus trincheras y los asaltantes penetrando en un campamento enemigo persiguieron a los fugitivos hasta unos 800 metros, cuando la espesura de la maleza obligó a los alemanes a detenerse y atrincherarse. La voladura y las granadas de mano ocasionaron al enemigo un gran número de muertos; se hicieron además 200 prisioneros, se tomaron cuatro ametralladoras, un cañón-revólver y ocho lanzaminas. La inspección de las trincheras conquistadas descubrió que el enemigo también había abierto galerías de mina.

Estos éxitos de nuestras tropas se obtuvieron con muchas dificultades, peligros y toda clase de esfuerzos. Donde no había caminos o los existentes estaban en mal estado, hubo que hacer las obras necesarias. Cuando el agua filtraba en las trincheras se inventaron los medios para achicarla y contenerla. El suministro a las tropas fué también objeto de atención preferente para que no desmayase la energía del soldado, y una serie de medidas higiénicas impidió enfermedades y epidemias. En campamentos de barracas, en cuevas y abrigos se alojó la tropa.

Los jefes alemanes viven en inmediato contacto con sus soldados. Los estado-mayores de brigada y división tienen sus cuevas en medio del bosque, cayendo sobre ellas de día y de noche los proyectiles de infantería y artillería. Todos los días visitan los generales las líneas de trincheras más avanzadas y los demás jefes, incluso los de regimiento, pernoctan en las covachas de la línea de combate. Del cuartel general no se separa el comandante en jefe del ejército, su alteza imperial el príncipe heredero de Alemania y Prusia, y allá se presenta muchas veces su majestad el emperador. En una casita de una aldea insignificante de la Argonne reside, en medio de las tropas, el anciano feldmariscal conde de Haeseler y diariamente envía a su ayudante para enterarse del curso de los combates, que el ilustre veterano sigue con incansable interés.

Los resultados obtenidos por los alemanes en la Argonne se condensan en las siguientes cifras. Hasta últimos de noviembre ha tenido el enemigo las siguientes bajas: 1,300 prisioneros, 4,000 muertos y 13,000 heridos.

En el mes de diciembre ascendió a 3,000 el número de prisioneros, el de muertos y heridos a ocho mil. Los trofeos consistieron en 21 ametralladoras,

14 lanzaminas, 2 cañones-revólver y un mortero de bronce.

Si se tiene en cuenta que en enero se hicieron 2,500 prisioneros y unos 5,000 muertos, resulta que el ejército francés ha perdido ya en la Argonne unos 36,000, hombres; esto es, un cuerpo de ejército completo, mientras que los alemanes no han tenido ni la tercera parte de bajas. Y que han sufrido mucho los franceses en los combates de la Argonne lo demuestra el hecho de haber enviado allá constantemente unidades nuevas. Los cuerpos de ejército II y V que al principio defendían aquellos bosques, fueron reforzados sucesivamente con tropas coloniales y regimientos de infantería de marina. En enero se presentaron accidentalmente tropas del I cuerpo y gari-baldinos, y finalmente a últimos de enero aparecieron en la selva unidades que habían combatido en Ipres y que habían de relevar al II cuerpo, completamente destrozado.

El estado moral de las tropas francesas que luchan en la Argonne puede deducirse de los documentos encontrados en los prisioneros, bajo la forma de órdenes, prevenciones reservadas, cartas y diarios de operaciones.

El general Gourand, jefe de la división, en una adición a la orden del día del 28 de diciembre, contesta a las quejas de sus subordinados con las siguientes palabras: «Hay que suponer que el enemigo al tomar una posición ha encontrado las mismas dificultades que nosotros. Y esto debe tenerse muy en cuenta, pues solemos pensar en nuestras propias dificultades, esfuerzos y bajas, y no en las que sufre el enemigo».

Las dificultades parece que son muy grandes del lado de los franceses, pues de lo contrario no lamentarían los generales la pasividad de sus tropas. Un diario de órdenes, cogido a mediados de diciembre, contiene estas indicaciones: «Es de la mayor importancia el aumentar la actividad en todo el frente. La que hasta ahora se ha desplegado es insuficiente, en opinión del general de la división. Es preciso demostrar mayor espíritu ofensivo. Si se continúa como hasta aquí, nos vencerán los alemanes.»

Unas instrucciones secretas del general comandante del II Cuerpo contienen los siguientes párrafos:

«El general comandante ve con mucho desagrado que la actividad combatiente se limita exclusivamente a la estricta defensiva, mientras que los alemanes, sufriendo las mismas bajas que los franceses, atacan constantemente y se sienten animados con los éxitos parciales que obtienen. La pasividad se ha hecho habitual y se esperan con indiferencia los ataques del enemigo. El individuo entra de centinela en las trincheras como en tiempos de paz en un polvorín o almacén de provisiones. Su comandante permanece sentado en su puesto abrigado, sin inspeccionar la tropa, ni comunicarle encargos especiales. Todos los jefes de tropa pasan el tiempo en la primera línea, aburridos o angustiados. Es de todo punto indispensable el que esto varíe. Los jefes de sector, los comandantes de batallón y compañía revistarán todos los días su fuerza en las trincheras avanzadas. Todo el que mande tropa ha de imbuir el espíritu ofensivo en sus inferiores.»

Al final añade: «El general comandante desea

que los franceses impongan la ley a los alemanes. Si nos sentimos superiores a ellos, entonces cederán y nuestro trabajo será más fácil.» Como hemos dicho, el II cuerpo de ejército francés tuvo que ser retirado de la Argonne.

El general de brigada Gossar, del V Cuerpo, expresó en la orden del 30 de noviembre de 1914 «que el servicio de trinchera dejaba mucho que desear en cuanto a su organización y la disciplina de fuegos.» El general Fouborge (3.^a división) «conoce muy bien la situación difícil en que se encuentran las tropas, esperando que sabrán dominarla (13 de noviembre de 1914). El general jefe del ejército no quiere retroceder una pulgada y será inexorable contra todo oficial o individuo que no se mantenga en su puesto hasta el último extremo.»

Mientras los alemanes ganan terreno, los franceses manifiestan mayor aversión a la guerra y aumentan el número de hombres y ametralladoras que se entregan al enemigo. Para corregir abusos intervinieron el general jefe del 4.^o ejército y el gran cuartel general francés del ejército del E. La primera de estas autoridades dictó a principios de enero una orden contra las mutilaciones voluntarias de la tropa. «Desde hace algún tiempo», dice esta orden, «se van observando heridas sospechosas en individuos de diferentes cuerpos, particularmente de infantería. Se ha comprobado que son casos de mutilación voluntaria con el exclusivo objeto de eludir el deber militar.» En el apéndice 3.^o de esta orden se agrega: «El consejo de guerra del 4.^o ejército en 18 de diciembre de 1914 ha condenado por mutilación voluntaria, con la intención de abandonar el campo de batalla, a un individuo de cada uno de los regimientos 151, 34, 7, 149, 247, 336, 135, 88 y batallón de cazadores 21, y dos hombres del regimiento colonial 24 y batallón de cazadores 19. Las sentencias se ejecutarán el día 19.»

Una disposición del general Joffre revela que desde el 20 de noviembre al 15 de diciembre se han pedido 315 ametralladoras para reemplazar bajas. Y al indicar el generalísimo las dificultades para atender a un pedido tan numeroso, manifiesta que sólo una parte de estas ametralladoras ha quedado inservible por falta de cuidado, debiendo deducirse del extraordinario número de bajas sufridas por secciones enteras de esta tropa que muchas ametralladoras cayeron en poder del enemigo. A todo esto hace notar el Estado Mayor del V cuerpo: «Esta disposición llega con oportunidad, puesto que el vergonzoso pánico de la 5.^a compañía del regimiento 46 costó la pérdida de dos secciones de ametralladoras.»

Otra orden de Joffre tiende a evitar que caigan en poder de los alemanes tan crecido número de prisioneros, y dispone «que todo soldado, no herido, que caiga prisionero, deberá ser sometido a expediente cuando regrese a la patria.»

Estas órdenes no han impedido que aumentara constantemente el número de prisioneros, en la Argonne, de tal manera, que al ser relevado el II cuerpo por tropas frescas, perdieron éstas enseguida dos oficiales, 250 hombres y 5 ametralladoras.

De las afirmaciones de prisioneros puede inferirse que hay mucho cansancio en algunas tropas francesas, pero no debe generalizarse este fenómeno, puesto que el prisionero habla siempre a gusto del

vencedor, para crearse una situación más ventajosa. Deducciones más exactas pueden obtenerse de la correspondencia entre los soldados y sus familias. En estas cartas se expresa repetidamente que el soldado francés destinado a la Argonne es un candidato a la muerte, y que si sale sano y salvo de estas luchas es porque ha merecido un favor especial de la Divina Providencia.

Un jefe francés, el mayor Guinard, cogido prisionero a mediados de enero, decía:

«El ataque de los alemanes se efectuó con admirable energía. Nuestra posición fué rota muy pronto. Mi compañía tenía orden de sostenerse a toda costa. Los que no murieron fueron hechos prisioneros. Yo recibí un balazo en la cabeza y desde aquel momento no recuerdo nada. Estoy contento de haber sido herido, porque así no presencié el curso de esta guerra. Estuvimos muy mal orientados sobre las cualidades del ejército alemán; nunca podíamos creer que fueran capaces de tanto. Y por otra parte se ha exagerado mucho sobre los rusos. Para efectuar la ofensiva ordenada por Joffre, los franceses empeñaron con la mayor energía toda su fuerza en todos los puntos. No habiendo tenido éxito este golpe, sólo podemos esperar que la ayuda extranjera imprima un curso favorable a la campaña. Pero, ¿de quién hemos de esperar esta ayuda? Rusia está agotada e Inglaterra puede poner hombres en la guerra, pero ningún material. La guerra durará mucho tal vez, pero no creo que mejore nuestra situación, y así no es de extrañar que los viejos soldados nos sintamos tristes y deprimidos.»

Podrán informar los franceses en sus boletines que obtienen constantemente éxitos en la Argonne, afirmarán que son dueños de St. Hubert y del bosque de Grurie situados a un kilómetro a retaguardia de la línea más avanzada de los alemanes, pero apesar de todos estos recursos no logran ocultar cuál es el vencedor: si el que avanza incesantemente o el que se ve obligado a dictar órdenes como las que se acaban de extractar.

MARQUÉS DE ZAYAS
Teniente Coronel de Estado Mayor

LA IMPERTURBABLE BERLÍN

Mucho se ha hablado y se ha escrito sobre la fisonomía que ofrece Berlín en estos tiempos de prueba para los alemanes. Unos la presentan como la ciudad a la vez laboriosa y alegre de antes, mientras que otros la muestran abatida y silenciosa bajo el peso de la gravedad de las circunstancias. El siguiente artículo, escrito por «Un observador neutral», que ha pasado seis semanas en Alemania y ha regresado a Inglaterra, se ha publicado en *The Times*, periódico londinense que, como es sabido, figura a la cabeza de los más resueltos enemigos de Alemania.

«Una excursión a Berlín en tiempo de guerra? Empresa atrevida, me dijeron. Se me indicó que necesitaría cuatro o cinco días, y por lo menos cuarenta y ocho horas para ir desde La Haya a Berlín.

Me armé con paciencia y pasaporte, y resolví intentar la aventura. Desde Londres a La Haya invertí treinta horas. Era un triste comienzo, sobre todo



Columna de prisioneros rusos durante los combates en el Bzura



Una sección de la legión polaca, que combate al lado de los austriacos en Galicia



Trincheras abiertas por los rusos junto a un cementerio en Polonia

porque en el corto trayecto de Flushing a La Haya tuve que cambiar dos veces de tren. Con bastante aprensión partí de la capital de Holanda.

Por el camino que conduce a Amsterdam, encontré innumerables soldados guardando las comunicaciones. Al anochecer llegué a la temida frontera. La inspección en la Aduana fué, si es posible, más suave que en tiempo de paz. Un pequeño papel azul, que ostentaba la palabra «revisado», fué pegado sobre mis maletas, mi pasaporte examinado y sellado, un mozo colocó mi equipaje en un coche que llevaba la indicación «Berlín», y con gran sorpresa mía a los veinte minutos estábamos marchando a toda velocidad a través de las llanuras del valle del Ems. El coche comedor, que formaba parte del tren, me sirvió una excelente comida por tres marcos, y luego regresé a mi departamento para esperar los acontecimientos.

La nieve se extendía en la comarca de Osnabruck, donde nos pilló una tormenta. Dejamos atrás Hannover, y en una pequeña estación inmediata entramos en una vía muerta. Por fin, pensé yo, comienzan los tropezos. Vi un largo tren de la Cruz Roja: coches de cuarta clase transformados en dormitorios con una gran cruz roja pintada sobre una placa de metal en cada extremo, y hombres heridos asomados a las ventanillas. Aguardamos cinco minutos, diez minutos. Y partimos otra vez a toda velocidad. Pregunté al revisor si llegaríamos muy tarde. «Oh, no, todo está previsto», me respondió. Junto a Stendhal vi 20 pequeños vagones pintados de negro con las palabras «Louvain, Etat Belge» en letras blancas, aparcados en una vía muerta.

Seguía nevando, pero no abandonamos la velocidad de exprés, y llegamos a Berlín con puntualidad matemática, ni un minuto más tarde. Habíamos empleado once horas entre La Haya y Berlín. Un mozo, dos, pugnaron por el privilegio de sacar mi equipaje, y me sorprendió que fueran jóvenes y robustos, perfectamente aptos para las armas. Evidentemente, no han sido movilizados todos. En la estación vi pocos o ningún soldado, ninguna guardia militar, y la usual costumbre de ajustar un taxis auto me detuvo algunos momentos; a lo largo de calles brillantemente iluminadas fuí conducido al hotel. El atrevido viaje había terminado.

Y lo mismo con los demás viajes que he hecho. He cruzado Alemania de un extremo a otro, y nunca mi tren ha llegado tarde. Todos los trenes rápidos llevan coches comedores, y los que hacen el recorrido de noche, coches dormitorios (sleepingscars).

Esperaba que en Berlín vería el turbado corazón del Imperio. Pero en lugar de esto, encontré el frío, metálico y precioso eje de una gran máquina. No se advierte impresión de sentimientos personales, de emoción personal. Nada más que la lenta y normal rotación de deberes, que cada cual cumple con perfecta energía, formando la organización más magnífica que el mundo ha visto. El hombre queda reducido a una ecuación de eficiencia. De cada individuo sólo se pide la mitad del esfuerzo que es capaz de rendir. Y el resultado es, que no solamente están ampliamente preparados para cualquier eventualidad, sino que la vida ordinaria ha sufrido menos trastornos que en otro cualquiera país beligerante.

Berlín es ahora una ciudad más provinciana que

antes. Falta la población flotante extranjera, y el inmaculado mármol blanco de los antecesores del Kaiser, que éste ha alineado frente al Tiergarten, debe sonreírse al ver a las mujeres de Berlín vestidas «auf Deutscher Art», según la moda alemana.

Aunque la vida del pueblo no se ha modificado, en los círculos que rodean a la Corte ha cesado la vida de sociedad, excepto pequeñas fiestas dadas para distracción de los oficiales heridos. Son inválidos. No he visto oficiales con licencia sin un motivo muy grave, de suerte que en las conversaciones de la guerra falta el encanto que les da el contacto personal con un guerrero que acaba de regresar de las trincheras y que, hablando en primera persona, narra sus aventuras a su admirados oyentes. Los heridos que llegan a Berlín son muy pocos en sus conversaciones, comparados con los de otras poblaciones, aunque deben ser héroes de esta guerra, porque los más de los soldados de la capital han sido condecorados con la cruz de hierro. De hecho, ni siquiera el distintivo de esta cruz es señal de especial distinción. El canto nacional tendrá que ser cambiado por «Kreuzland, uber Alles» (país de la Cruz, sobre todo), si la guerra continúa.

Es difícil decir si el Emperador prefiere sus prusianos a sus bávaros o a otras tropas, como se ha dicho, aunque la verdad es que se ven más cruces de hierro en Berlín que en ninguna otra capital del Imperio.

La sorprendente ausencia del espíritu marcial en la capital, una cierta falta de entusiasmo, pueden explicarse en parte por el hecho de que el Emperador, establecido en su Gran cuartel general, retiene junto a sí, como parte de su Estado Mayor, al Primer Ministro, Ministro de Negocios Extranjeros, etc., en total, unas trescientas personas. Aunque las oficinas y palacios no se han cerrado, la administración ejecutiva de Alemania está fuera de la capital. Berlín, hablando políticamente, no es más que un anexo solitario del Gran cuartel general.

Un distinguido alemán me dijo que lo que más descontento tenía al país era la cuestión internacional. Las críticas francas de la diplomacia alemana por todas las clases sociales, me han parecido extraordinarias. No pueden olvidar que no se advirtiera a tiempo a la «alta banca», para que se preparara debidamente. Deploran amargamente que no se la informara del «punto de vista inglés» o se le engañara. Los diplomáticos alemanes están tan desacreditados, que he oído a más de una persona exclamar enfáticamente: «No queremos una paz diplomática»; y me consta que los personajes principales de la industria, la banca y el comercio alemanes esperan ser consultados cuando el caso llegue: ni uno siquiera de ellos cree que el fin deje de serles favorable.

Mucho sorprende también no oír hablar de victorias, ni jactarse de las proezas de las armas alemanas, y, lo que es más extraño aún para el extranjero, el nombre del Emperador figura raras veces en las conversaciones. En el concepto de la popularidad, hay cinco categorías: Hindenburg, el vencedor de Polonia, es desde luego el héroe nacional, aunque entre los bien informados su jefe de Estado Mayor, Ludendorff, es el verdadero vencedor; la guerra en el teatro oriental es para el berlinés mucho más importante e interesante que la campaña en el oeste.

Sigue después el Príncipe imperial, y nada puede atestiguar mejor su creciente fama que el haber desaparecido los bigotes a lo Kaiser, y llevar todos los oficiales sus bigotes recortados en forma de cepillo, siguiendo la moda del heredero de la corona. Después de él, figura el conde Zeppelin, el hombre que ha hecho estremecer y temblar a Inglaterra, y que a pesar de mantenerse en la oscuridad es el ídolo de los habitantes de Berlín. Enseguida figuran el príncipe real Ruperto de Baviera y el príncipe real de Wurtemberg, que los dos han demostrado ser grandes caudillos militares. Y finalmente viene el Emperador.

La princesa imperial es indudablemente la mujer más popular que ha habido en Alemania desde los días de la reina Luisa. «La sonrisa de Berlín», como la llaman, y sus cuatro robustos hijos, todos vestidos con uniformes militares, encienden el mayor entusiasmo donde quiera aparecen.

LA ARTILLERÍA ALEMANA

Del *Scientific American* tomamos el siguiente interesante artículo.

La artillería ha desempeñado siempre un papel importante, en las operaciones militares del ejército alemán. De acuerdo con los últimos datos conocidos, y que corresponden al año 1912, Alemania tenía 3,866 cañones de campaña contra 2,936 de Francia y 1,854 de Austria-Hungría. Rusia parece que ha sido un cliente de las fábricas alemanas de cañones pues tiene cerca de 4,432 piezas de campaña. Inglaterra con 1,170 cañones de campaña, está en condición inferior a Italia que posee 1,470 piezas. La artillería alemana está en primera línea, y los establecimientos de Krupp son una de las industrias más notables del mundo. Actualmente esto está probado con la demanda que existe por los cañones y obuses Krupp, contra los productos de las importantes factorías francesas e inglesas.

La artillería alemana ha comprobado su eficacia, y es seguro que en el curso de la presente contienda (esta publicación corresponde al mes de agosto; las predicciones del autor se van cumpliendo, J. C. G.) tanto en mar como en tierra, los resultados dependerán en gran parte de los cañones de campaña y de sitio. Las operaciones de sitio son generalmente largas, y en gran parte, por el tiempo necesitado en el cambio y transporte de las plataformas fijas de los cañones, al cambiar sus emplazamientos con el fin de acercarse a la plaza que se ataca.

Salvando esta dificultad, la casa Krupp ha proyectado un nuevo tipo de mortero, cuya principal característica consiste en estar montado sobre una cureña de ruedas, que lo hacen fácilmente transportable de un punto a otro, y puede así mismo ser agregado a la artillería en las operaciones de campaña. Estas condiciones se han obtenido sin sacrificar las condiciones balísticas, por la aplicación de una cámara de retroceso, y por un juego de ruedas en la cureña, a la que se aplican llantas especiales, a manera del sistema Diplock.

La casa Krupp designa esta pieza como un Howitzer, obús, para distinguirlo del mortero propia-

mente dicho, reservando aquél título para las piezas que pueden disparar a un ángulo de 45° o más. Este nuevo cañón tiene mucha mayor variante en su elevación de tiro, de manera que es más flexible en su uso. Sin embargo puede considerarse dentro del término conocido de mortero (Claro que sí, porque es *mortero*; el Howitzer es obús y en la artillería pesada se distinguen: el cañón, el obús y el mortero, el primero dispara con un ángulo de tiro menor de 45 grados, el segundo puede disparar con un ángulo hasta de 45 grados, «tiro curvo», y el tercero con un ángulo de tiro mayor de 45 grados, «tiro vertical». J. C. G.)

La pieza, que es de acero, tiene un largo de 11 piés. La cureña sobre la cual está montada, comprende en realidad dos partes o vehículos. Una de dichas partes lleva el tubo-mortero, y la otra parte conduce el montaje, con las cámaras de retroceso y los depósitos de aire.

En el transporte las dos partes referidas son traccionadas por separado y sobre ruedas especialmente combinadas para que puedan atravesar terrenos poco sólidos, sin hundirse, mientras que la tracción se hace por medio de carros automóviles de gasolina que son más adaptables al caso que la tracción animal. Una vez llegados al punto en que se desea emplazar la pieza, se coloca primero el carro de montaje, y después por medio de un cable de acero, con poleas debidamente combinadas, se pasa el cañón sobre una base, lo cual se consigue sin dificultad en pocos momentos; entonces se aleja el carro que condujo el cañón y la pieza queda lista para hacer fuego.

Este mortero puede funcionar con un ángulo de más de 65 grados mediante un sistema rápido. También puede conseguirse una desviación de 5 grados a cada lado del plano horizontal. La pieza está montada sobre una cureña que tiene un grupo de tres cilindros, siendo el central el que sirve para el retroceso y el que está a cada lado de éste el que sirve como cámara de aire. El aparato de retroceso difiere del que se adapta a las piezas de campaña. El cañón no está conectado a los cilindros del aparato de retroceso, sino al pistón; en consecuencia es la varilla del pistón la que se mueve en el retroceso del cañón, quedando el juego de cilindros inmóvil. Los depósitos para el aire, consisten esencialmente en un cilindro para aire, válvulas y pistón.

El cañón Howitzer (se refiere al mortero) dispara un proyectil de 136 libras; y el servicio del cañón demanda de 6 a 8 sirvientes, siendo de 36 libras la carga del explosivo. Usando una de las ocho clases de carga se puede obtener una velocidad inicial que fluctúa entre 590 a 1,115 piés por segundo. Es posible asegurar en toda distancia que pase de 7,115 piés un ángulo de caída para el proyectil de más de 22 grados. El peso de la bala es más del doble del que corresponde al cañón que le sigue en mayor calibre que el que nos ocupa, siendo además éste un 20 por ciento más poderoso en su alcance, que es de 11 kilómetros, con un ángulo de 42 y medio grados.

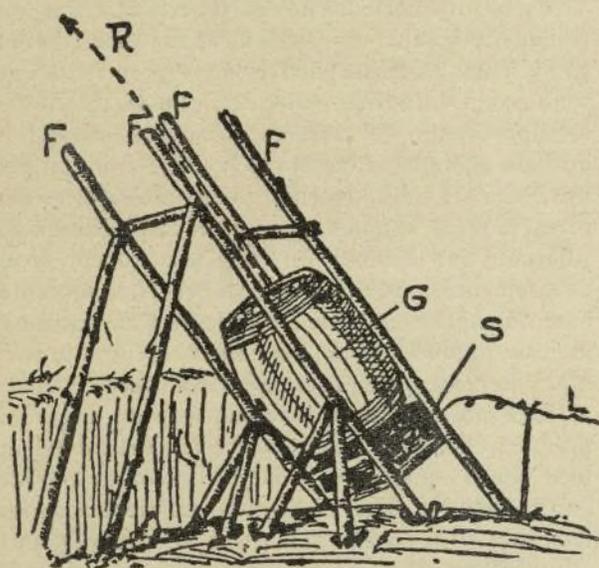
Por lo que respecta a los datos numéricos asignados al material, parece que el *Scientific American* está en un craso error. Hasta la fecha la descripción del mortero de 42 centímetros es un misterio. La casa Krupp no ha proporcionado a nadie la menor

referencia sobre él, ni aun sobre sus modelos de obuses. Por otra parte el *Scientific American* hace una mezcolanza en la clasificación de la artillería y confunde al *Howitzer* (obús) con el *Morser* (mortero). Por la reseña que hace de la cureña parece que se refiriera a las piezas austriacas, cuyas fotografías han aparecido. Hay fundamentos, pues, para creer que los datos han sido tomados al azar. Con todo, el artículo es interesante y de luz militar.

J. C. G.

EL CAÑÓN-TONEL DE MIRKO

Ello sucedió en Serbia, al otro lado del Drina. Los ataques contra las fortificaciones de hormigón en que se abrigan los serbios no adelantaban un paso. El terreno que se extendía ante las posiciones



Cañón-tonel de Mirko

enemigas era llano y despejado, y no había medio de substraerse al fuego del adversario. Además, sus trincheras estaban a mayor altura que las de la infantería croata, que ocupaba aquel sector. Largos días habían pasado, teniendo los dos bandos fijas sus miradas en la posición adversaria, después que las tentativas de avance de los croatas fueron sangrientamente rechazadas por el fuego de fusilería y ametralladoras de los serbios. Ni amigos, ni enemigos, podían avanzar.

Todas las mañanas maldecía en voz baja el sargento Mirko las fortificaciones serbias, de hormigón, apenas visibles sobre el terreno, las cuales distaban unos 200 metros de las trincheras croatas. Mirko es un carpintero que en tiempo de paz había construido obras muy notables. A pesar de su ingreso en el servicio militar, no dejó de ser carpintero, y ayudaba en todos los trabajos de esta naturaleza que se presentaban. Mirko llevaba dos días cavilando, para ultimar un invento que traía entre manos. Con algunos trozos de madera, construyó en el fondo de la trinchera una especie de andamio. Esta obra provocó la admiración de sus camaradas; todos acudieron a contemplarla, y pronto se corrió la voz, de modo que no es de extrañar que el sargento primero o suboficial se llegara también allá. No tenía en mal concepto a Mirko, ni le creía desequilibrado, pero no pudo

menos de manifestar sus dudas y decir que daría parte al superior. Entre tanto, Mirko no descansaba. Con maderas de mayor tamaño amplió su invento, y cuando al siguiente día compareció el señor capitán, éste le animó; la cosa, resueltamente, marchaba bien.

Mirko fué puesto a la cabeza de algunos camaradas. Todos ellos marcharon con hachas al bosque inmediato. La noche les cogió en su labor. Mirko efectuó algunas requisas en el parque de los zapadores, y al salir el sol del día siguiente, se vió que la trinchera de los croatas había sido ensanchada y profundizada en cierto sitio, y que allí se destacaban cuatro largueros inclinados, largos, que miraban al cielo, de madera blanca, con algo muy raro entre ellos. Era el invento de Mirko: el primer cañón-tonel, para valernos del nombre con que fué bautizado por los zapadores de la baja Austria.

Aquel día aguardaba a los serbios algo muy desagradable. Poco después de salir el sol, de la trinchera austro-húngara salió un zumbido particular, muy diferente del estampido de los cañones, algo como el silbido de una masa de pólvora que hace explosión al aire libre. Y de entre el andamio salió lentamente con cierta majestad, un obeso tonel que fué a caer exactamente en la trinchera serbia de hormigón. Antes de que los asombrados enemigos tuvieran tiempo de explorar el contenido del tonel, un vivo fulgor resplandeció sobre la posición, estalló un gran ruido y todo quedó deshecho. Cuando la humareda y el polvo se disiparon, viose que en una longitud de trescientos metros no quedaba nada de la fortificación serbia. Sólo el polvo y restos de todas clases, denotaban que allí había habido una trinchera. El suelo quedó cubierto de cadáveres, heridos y miembros medio carbonizados. Los croatas lanzaron estentóreos hurras, avanzaron a la bayoneta, y rompiendo un fuego de flanco obligaron al enemigo a huir del resto de la trinchera.

El cañón-tonel de Mirko mereció las mayores alabanzas. Mirko fué objeto de la misma distinción. El mismo día se le promovió al empleo inmediato y el capitán le estrechó la mano. Su invento aparece dibujado en el adjunto grabado.

Los cuatro largueros F, que procedían del parque de ingenieros, estaban fuertemente empotrados en el suelo. El tonel G, o sea el proyectil, fué requisado; se le llenó de ecrasita, y se le proveyó de una espoleta de percusión, para que estallara al tropezar contra el terreno. La carga de proyección se colocó en S, entre dos fuertes tablas, muy apretadas entre sí. En el momento de dar fuego se mandó apartar a la tropa, y se prendió el cebo por medio de la electricidad, valiéndose del conductor L. Como la carga no estaba limitada por ninguno de los cuatro lados, se perdió, naturalmente, una gran parte de su efecto de proyección. El choque recibido por el fondo del tonel fué muy dulce, por decirlo así, evitándose que estallara prematuramente. Guiado eficazmente por los fuertes largueros, el tonel partió en la dirección de la flecha R, y bastó la carga de pólvora para que el tonel hiciera el recorrido de 300 metros y reventara en la posición enemiga. Desde aquel día, esta especie de proyectil ha sido usado por las tropas austro-húngaras con el mejor éxito.

(De la *Kolnische Volkszeitung*)

CRÓNICA MILITAR

I. Las operaciones del ejército británico en diciembre y enero.—II. Las dificultades de la campaña de invierno en Rusia.—III. La campaña en el frente oriental.—IV. La campaña en el frente occidental.—V. La situación el 27 de febrero

I.—Las operaciones del ejército británico en diciembre y enero

El gobierno inglés ha publicado el parte del mariscal French relativo a las operaciones del ejército británico que lucha en Francia, en el período comprendido desde 1.º de diciembre a 1.º de febrero. Tan sincero en lo esencial como los antes dados por el mismo caudillo, y publicados en estas páginas, se advierte en el último que los ingleses se van acostumbrando ya a la gran guerra, que su criterio es más amplio, y que desechan las minucias y pequeñeces, resabios de las insignificantes campañas de los últimos cincuenta años contra fuerzas sin cohesión y sin disciplina; es también el nuevo parte más parco en los elogios, y los fracasos, si no se confiesan explícitamente, tampoco se ocultan o desfiguran.

El mariscal dice que en «los primeros días de diciembre ciertos indicios, en todo el frente de los aliados, indujeron al comandante francés y a mí mismo a creer que el enemigo había retirado considerables fuerzas del teatro occidental. De acuerdo con el comandante del 8.º ejército francés, se proyectó un ataque que debía comenzar en la mañana del 14 de diciembre». A continuación describe sucintamente el general los ataques que tuvieron lugar el día 14, y enseguida declara que «del 15 al 17 de diciembre las operaciones ofensivas que comenzaron el 14 fueron proseguidas, aunque reducidas principalmente a un duelo de artillería». Con ello queda indicado el triste resultado del repetido ataque. «El 17 se estimó necesario modificar el plan de ataque; pero se me indicó la conveniencia de continuar haciendo demostraciones en toda mi línea para apoyar y contribuir a ciertas operaciones francesas, que se desarrollaban en otro punto». Inmediatamente el general describe, esta vez con más detalle, las operaciones del cuerpo indostánico desde el 17 al 20 de diciembre, que terminaron con el fracaso y la derrota de los atacantes. A partir de la última fecha, hasta el 27 de diciembre, ya no son los ingleses quienes atacan, sino los que se mantienen a la defensiva. Sin transición, se pasa a los combates del 27 de enero, guardándose completo silencio sobre el período de un mes comprendido entre ambas fechas, y como siempre son los alemanes con sus ataques los que cierran el parte.

Confirma, pues, el mariscal French lo que ya he dicho en crónicas anteriores, refiriéndome a la ofensiva ordenada por el general Joffre. El ejército alemán en Francia era muy inferior en número—y sigue siéndolo—al de los aliados; en los primeros momentos, el atacante obtuvo pequeños éxitos parciales, pero la tenaz resistencia de las primeras líneas de trincheras dió tiempo a que acudieran las reservas a los puntos más importantes, y no sólo fué detenido el avance de los aliados, sino que en general éstos perdieron terreno y de asaltantes se trocaron en asaltados.

Esta es, en pocas palabras, la relación de lo acontecido en los dos últimos meses, desde la selva de Argona al mar. Las consecuencias que de ello se deducen son poco lisonjeras para los aliados; sus tropas van siendo menos aptas cada día para la ofensiva resuelta y enérgica; la superioridad del número, lo mismo aquí que en Rusia, no ha servido para obtener la victoria; la iniciativa, momentáneamente en manos de los aliados, pertenece todavía a los alemanes.

II.—Las dificultades de la campaña de invierno en Rusia

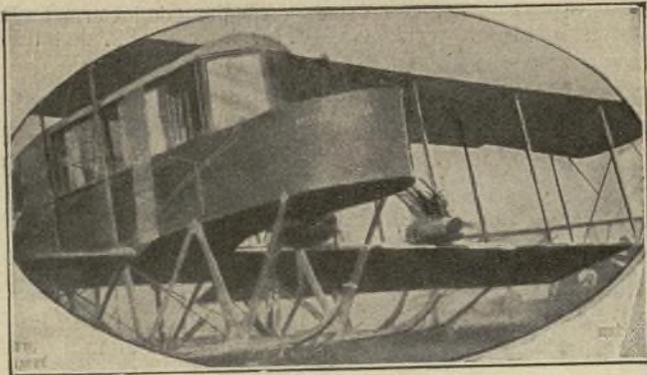
Desde aquella desastrosa retirada de Rusia, que han inmortalizado la pintura y la literatura, en la cual el ejército napoleónico quedó aniquilado y destruidos los cimientos del poderío del Emperador, se ha admitido como verdad incontrovertible que no era posible desarrollar una activa campaña de invierno en las llanuras rusas. En la Manchuria, de parecido clima al de Rusia, quedaron de hecho suspendidas las operaciones durante el invierno de 1904 a 1905, librándose únicamente una batalla en el mes de enero, con fuerzas relativamente cortas, sin que llegaran a empeñarse los gruesos de los ejércitos beligerantes. Al estallar el actual conflicto, la opinión unánime admitió que los alemanes suspenderían su ofensiva en los primeros días de diciembre, y que no la reanudarían hasta el mes de abril, y creyó que en esos tres o cuatro meses todas las ventajas estarían al lado de los rusos, en cuyas filas hay muchos cuerpos siberianos, para los cuales el invierno en Polonia y Galizia no podría menos de resultar dulce y soportable. Y todos nos hemos equivocado. Quienes suspendieron sus operaciones fueron los rusos, y los que más las han activado los austro-alemanes.

Digamos en descargo propio, y de los críticos franceses, ingleses y españoles, que no interesándonos de un modo directo estudiar las dificultades de una campaña de esta naturaleza, por no estar llamados los respectivos ejércitos a operar en aquellas condiciones, es explicable que no se advirtiera *a priori* cuán ficticias eran aquellas pretendidas dificultades.

Napoleón, que jamás confesó sus errores militares y que atribuyó constantemente sus fracasos a torpezas de sus tenientes o a causas superiores a la personalidad humana, encubrió las graves faltas que cometió en la campaña de 1812 achacando el desastre a los hielos, al frío, y a la falta de caminos y a la escasez de subsistencias. Algunos de los innumerables autores que se han ocupado en aquellas campañas señaló lo falso de las aseveraciones del Emperador: ciertamente, la naturaleza parece haber querido proteger a Rusia con el manto de sus nieves, pero el hombre dispone de medios para superar esos obstáculos y otros mayores; el paso de los Alpes por Aníbal fué una empresa mucho más difícil, en la época en que se ejecutó, y de un mérito inmensa-

mente superior al de la campaña que acaban de desarrollar los alemanes en Polonia y Lituania.

No fracasó Napoleón por el frío ni los rigores de la naturaleza; el desastre se debió a la insuficiencia,



Aeroplano ruso sistema Sikorsky, acorazado y con camareta para doce pasajeros

a la deficiencia y poca previsión de los preparativos encaminados a abastecer el ejército: funcionaron mal los servicios de intendencia y los trenes y convoyes, porque el Emperador confiaba en un éxito rápido y no contaba con que los rusos se irían retirando y alejándole de sus bases de operaciones. La marcha a Moscú se ejecutó sin haber asegurado los servicios de retaguardia; la vieja capital del Imperio ofrecería seguramente al ejército invasor recursos más que sobrados para hacer frente a todas las necesidades, de suerte que, cuando Moscú fué evacuada por sus habitantes y entregada a las llamas, el Emperador, que creía hallarse próximo a conseguir su objetivo, se encontró aislado, sin recursos y sin abastecimientos. En el fondo, incurrió el gran capitán en el mismo error que en su campaña de Egipto: avanzar sin tener bien cubiertos y establecidos los servicios de retaguardia.

Por lo que se ha visto, los alemanes, y en menor grado también los rusos y austro-húngaros, han aprovechado las enseñanzas de la campaña de 1812.

El rigor de la temperatura es desde luego un serio obstáculo contra las operaciones en campo abierto: pese a los abrigo de pieles y a la buena alimentación, han sido frecuentes los casos de muerte por el frío; destacamentos enteros, situados en trincheras avanzadas donde no era posible encender hogueras ni había tiempo para excavar abrigo enterrados, tuvieron que recibir una muerte piadosa por haberse congelado las extremidades inferiores de los hombres que los componían. En los pasos de los Cárpatos ha habido numerosos accidentes de esta clase, lo mismo que en las orillas del Bzura. Pero la masa principal de las tropas se ha alojado en los pueblos y ha tenido a su disposición todos los elementos que la industria moderna facilita para hacer llevaderos los climas más extremos.

En compensación, desde los puntos de vista de las marchas, los enlaces y los combates, el hielo que cubre los campos de Galizia y Polonia forma un elemento firme y resistente, sobre el cual corren sin tropiezo los automóviles y se deslizan los carruajes, cañones y vehículos de todas clases. Las circunstancias son mucho más desfavorables en otoño, cuando las lluvias, y en la época del deshielo: los valles de los ríos se convierten en terrenos pantanosos, las cié-

negas se extienden por todas partes, y el barro se opone tanto al paso de los hombres como al de los vehículos y caballerías.

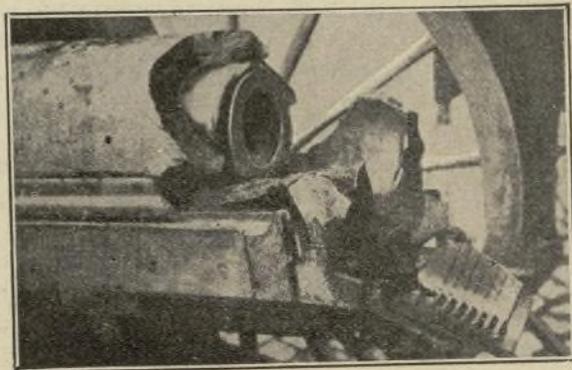
Por consiguiente, de un modo general, la principal dificultad de la campaña en aquellas latitudes reside en la necesidad de dotar al ejército de cuantos abastecimientos necesita, transportándolos sin pérdida de tiempo a los puntos donde se encuentran las columnas; el problema es arduo, pero no requiere luces extraordinarias, sino una buena organización de los servicios de intendencia y del cuerpo de tren, que en Alemania han llegado a un grado de perfección casi insuperable, gracias principalmente al abundante empleo de la tracción automóvil y a las inmensas existencias de los parques y almacenes. Los numerosos ferrocarriles que desde el interior de Alemania conducen a la frontera oriental, así como la red de líneas transversales, han reducido los traspor-

tes y marchas a los indispensables en país enemigo, y se han aprovechado para trasladar las tropas desde Silesia y Polonia a la Prusia oriental y a Bukovina.

La naturaleza montañosa de los Cárpatos ha impedido que las medidas de previsión resultaran tan eficaces como en las comarcas llanas, de suerte que los rusos y austriacos que allí se encuentran han padecido extraordinariamente; los segundos, mejor enlazados con sus bases, estaban en mejores condiciones, pero en cambio no tenían tanto hábito de soportar bajas temperaturas.

En la Polonia y las fronteras de Prusia oriental, estuvo mucho mejor atendido el soldado alemán que el ruso; la intendencia moscovita, que funcionó malísimamente en la campaña de Manchuria, fué después reorganizada y ha mejorado bastante, pero está muy por debajo, no ya de la alemana, sin también de la francesa y de la inglesa. La deplorable situación en que se encontraba el soldado ruso explica en parte la facilidad con que cae prisionero y el desorden de sus retiradas.

De lo anterior, se infiere que la campaña de invierno en Rusia ha exigido preparativos más serios y extensos que la de Francia, pero en el concepto militar de las operaciones ha resultado más fácil que la



Efecto de una granada alemana sobre el cierre y recámara de un cañón francés de grueso calibre

realizada en los meses de octubre y noviembre y la que se ejecutará en la próxima primavera. En los Cárpatos no ha habido combates de importancia, y la situación ha quedado estacionaria desde el mes de

noviembre; el retroceso de los rusos en la región oriental de aquella cordillera se ha debido al ataque de flanco de las masas austro-alemanas que desembarcaron desde los confines de la Bukovina, y no a un avance directo a través de los elevados pasos de montañas.

III.—La campaña en el frente oriental

Los partes alemanes han puntualizado el desastre sufrido por el 10º ejército ruso, que desalojado de los lagos masurianos y de la frontera de la Prusia oriental, fué envuelto y destrozado delante de Augustov. La mitad de las tropas que lo componían (once divisiones, es decir, unos 120 a 130.000 hombres) quedaron fuera de combate y perdido la mitad del material de guerra. Este fué el ataque principal

contra las que quedaron en el Bzura serían estériles, se dispuso a emprender la ofensiva en otro lugar. Este no fué otro que la región al O. de Novo Georgievsk, pero como los movimientos de fuerzas tropiezan con más dificultades en Rusia que en Alemania, por la diferente densidad de las redes ferroviarias, y no está tampoco tan preparado aquel ejército como éste para los grandes movimientos estratégicos, la ofensiva alemana se adelantó a la rusa, y cuando ésta trató de ejercerse por la orilla derecha del Vístula, ya los alemanes se habían adueñado de Plock y derrotado más al N. al enemigo. De consiguiente, la nueva batalla, que se dice empeñada, tiene lugar a corta distancia de Novo Georgievsk.

En todo el resto del frente, hacia el N., ha terminado la persecución, por haberse acogido los rusos a la protección de sus fortalezas.



Sport de invierno de los soldados alemanes, detrás del frente de batalla

emprendido por los alemanes, que coronaron su éxito amagando el flanco, a la vez que avanzaban de frente, de las tropas rusas que había en la orilla norte del Vístula, obligándolas a replegarse a las plazas fuertes. Iguales éxitos se obtuvieron más al N., hasta la orilla derecha del Niemen, de suerte que la situación general queda resumida diciendo que los rusos se apresuraron a replegarse a las plazas que se extienden desde Varsovia al Niemen, delante de las cuales habían construido muchas obras de fortificación provisional y de campaña, formando casi una línea continua a modo de barrera, en previsión de lo acontecido. Sin embargo, en un punto los rusos no se han limitado a la defensiva.

Aunque los despachos recibidos son muy confusos y harto incompletos, parece deducirse de ellos que al tener conocimiento el gran duque Nicolás de la retirada de parte de las tropas alemanas de delante Varsovia, y convencido de que todos sus ataques

El punto más fuerte de esta línea es el extremo S., donde se encuentran Varsovia y Novo Georgievsk, que es la plaza más fuerte de Rusia. En el centro, la abundancia de fortificaciones y el apoyo mútuo que pueden prestarse dificultan también el avance alemán; el sector norte es el más débil, pero en compensación es el que está mejor unido con el interior de Rusia y con los grandes centros de guarnición y de depósito.

No parece probable que los alemanes distribuyan sus esfuerzos en todo el frente y emprendan el sitio de varias fortalezas a la vez. Más fácil es que busquen un claro o una ocasión para derrotar de nuevo a su adversario, procurando que la desmoralización de los rusos sea el principal factor que les abra la puerta de aquella barrera artificial. Pero esta fase de la campaña, cualquiera que sea la finalidad que se persiga, obliga a nuevas agrupaciones de fuerzas y no puede ser inmediata.

Como contestación a los que todavía censuran los resultados, que califican de poco decisivos, de los alemanes, bueno será recordar que los ejércitos rusos de Polonia y Prusia oriental estuvieron contenidos semanas y meses, sin poder adelantar un paso, por los atrincheramientos de campaña de los alemanes; en previsión de una contraofensiva del enemigo, los rusos se fortificaron sólidamente en las posiciones que ocupaban, artillándolas además con piezas de grueso calibre (18 de las cuales han caído en poder del vencedor), sin que tales preparativos bastaran para contener el avance alemán: en menos de ocho días los rusos fueron desalojados de sus posiciones y batidos en todo el frente, dispersándose unos grupos y refugiándose otros en las plazas fuertes. No será justo pretender que si los rusos no pudieron en tres meses romper la línea atrincherada de campaña de la Prusia oriental, siendo más en número, ni rechazar del Bzura y el Ravka a los contingentes alemanes allí destacados, sean capaces los alemanes en quince días de romper la línea de plazas de guerra más fuerte de Rusia, comparable sólo con la que forman las fortalezas francesas del N. E.

Los rusos han evacuado la Bukovina y sólo en la frontera con Besarabia se mantienen escaramuzas sin importancia. La actividad de los austro-alemanes se ha trasladado más al NO., iniciándose un movimiento de flanco contra las masas invasoras que todavía se sostienen en los Carpatos. Estas masas han repetido sus ataques, siempre sin éxito, y los indicios son que en breve va a haber serios acontecimientos en este teatro, lo mismo acaso que en la región de la Polonia meridional. Antes ha de despejarse la situación en la orilla derecha o norte del Vístula, en el sector al E. de Plock.

IV.—La campaña en el frente occidental

Nuevas tentativas, emprendidas con fuerzas relativamente importantes, que en algún caso han llegado a dos divisiones, han hecho los aliados para romper la línea alemana. Los resultados han sido los de siempre. En Bélgica y en Lorena hay ciertamente fuertes contingentes alemanes, pero no se les empeña en batalla, aunque sirven para ir substituyendo poco a poco a las fuerzas de primera línea que llevan muchos días en las trincheras.

Manifiesto es el propósito de los alemanes de no emprender un amplio movimiento de avance, y no menos patente es el hecho de que el fracaso de la ofensiva de los aliados pone a sus tropas en malas condiciones para el día en que los alemanes se decidan a poner en la balanza el grueso de sus fuerzas. Es imposible que el general Joffre no se dé clara cuenta de esta observación, de suerte que si no in-

tenta un golpe atrevido y sin reparar en sacrificios, será porque no considera a sus tropas en condiciones para abrir una campaña ofensiva. Esta confesión implícita de inferioridad, que en una u otra forma viene haciéndose desde que la guerra comenzó, y que se traduce en dejar la iniciativa más amplia al adversario, es una de las principales ventajas que tienen a su favor los alemanes. Los aplazamientos, sean debidos unas veces a la esperanza en la acción de los rusos, sean motivados otras por la conveniencia de que tomen parte en las operaciones los refuerzos que Inglaterra está mandando al continente, ejercen una depresión moral que predispone poco a realizar verdaderos esfuerzos en el momento oportuno. Los aliados saben, hace ya tres meses, que son más en número que sus adversarios, y bien les consta que en la lucha parcial que sostienen la peor parte les ha cabido a ellos. No es esta ciertamente la mejor manera de formar ejércitos aptos para la ofensiva.

V.—La situación el 26 de febrero

El hecho más saliente de los últimos días ha sido el bombardeo de los fuertes turcos de la entrada de los Dardanelos por la escuadra franco-británica. Las versiones de los dos beligerantes difieren esencialmente, pero para el porvenir de la guerra no tiene gran importancia que sea exacta la versión de los aliados (que sostienen desmontaron los cañones de varios fuertes y apagaron los fuegos de otros), o la de los otomanos (que el tiro de los barcos fué inofensivo y que resultaron con averías varios acorazados), porque es tan largo el paso de los Dardanelos y está tan bien fortificado y artillado, que apenas se concibe que una escuadra lo pueda forzar sin contar con el concurso de un ejército de desembarco. El estrecho mide en varios sitios sólo unos 2.000 metros de anchura, y se le puede barrear fácilmente con minas, torpedos y otros obstáculos.

Los aviones alemanes (sean aeroplanos o dirigibles) han vuelto a bombardear algunas poblaciones inglesas. El primer ataque de los dirigibles, al que se le quitó importancia, fué mucho más grave de lo que se dijo en los primeros momentos, toda vez que el número de muertos y heridos se aproximó a un millar.

Ha habido nuevos combates en el Cáucaso, y nada interesante ha ocurrido en la región del canal de Suez. Uno de los regimientos británicos del Indostán (de tropas indígenas) que se sublevó, fué reducido fácilmente a la obediencia.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

27 de febrero de 1915.